



GLOBALIZACION Y MEDIOAMBIENTE

Valerio CALZOLAIO

Si tomamos el sentido original de los conceptos de «globalización» e «identidad cultural», constatamos que la identidad se hereda, es involuntaria, mientras que la globalización es resultado de la acción consciente y voluntaria del hombre.

Creo que este seminario regional europeo de la Comisión Progreso Global será muy útil tanto para actualizar la elaboración programática de la Internacional Socialista (IS), como en la perspectiva del Congreso del partido del socialismo europeo de marzo próximo.

Estamos debatiendo la forma en que la izquierda debe presentarse ante las generaciones protagonistas del siglo XXI. Pues bien...

Un programa global exige unir en el año 2000 *la equidad intrageneracional*, la justicia social entre las generaciones, objetivo histórico y fundamental de la Internacional Socialista, con la equidad *intergeneracional*, el desarrollo sostenible para las generaciones (futuras), objetivo nuevo y distintivo de una izquierda solidaria sobre el planeta.

La cuestión ambiental no es suplementaria ni adquirida; ni se resolverá li-

***La pobreza es
una de las causas
del deterioro
del medioambiente.***

nealmente a través de la innovación y la transformación tecnológica. A este respecto, en el último decenio del siglo presenciarnos un dramático agravamiento de la contaminación, de los conflictos (por los recursos naturales) de los riesgos (para la salud y los ecosistemas).

Seis años después se ha reconocido el fracaso parcial de los objetivos de la Conferencia de Río: la humanidad en su conjunto utiliza actualmente recursos y servicios de la naturaleza (cifrados en unos 33 billones de media anual, frente a un producto mundial bruto anual de 28 billones) que superan en más de un tercio la capacidad de regeneración de la propia naturaleza. La creciente demanda de recursos naturales está superando la capacidad de carga (en términos de flujo de energía y de materias disponibles para su transformación en los procesos económicos) de los sistemas naturales de nuestro planeta. Esta dinámica (moderna y acelerada) no se ha invertido.

En Río, un importante avance cultural y político fue el haber vinculado oficialmente las cuestiones ambientales y los problemas del desarrollo, admitiendo explícitamente que la pobreza es una de las causas del deterioro del medioambiente.

Actualmente, respecto a 1992, no sólo tenemos un planeta más contaminado,

con mayor consumo de recursos naturales, con menor biodiversidad, con una capa de ozono deteriorada en algunas zonas geográficas y menor disponibilidad de tierras productivas, sino que también tenemos un planeta cada vez más pobre. Según el último informe del PNUD sobre el desarrollo humano, más de 1.200 millones de personas viven en condiciones de extrema precariedad («pura subsistencia») y de éstas, 800 millones son hombres, mujeres y niños desnutridos.

La creciente urbanización y los fuertes éxodos migratorios, los flujos incontrollables de «refugiados ambientales» alimentan un círculo vicioso que vincula la pobreza a la pérdida de fertilidad de las tierras, a prolongados periodos de sequía, a la escasez de agua potable, al deterioro de los ecosistemas naturales y de la diversidad biológica.

Nos hallamos ante un panorama en el que el progresivo abandono de territorios escasamente productivos provoca al mismo tiempo desmesuradas conurbaciones cada vez más dependientes de grandes consumos de energía, con los consiguientes fenómenos devastadores de contaminación (a los cuales se añaden asimismo las crisis financieras, como por ejemplo en el Sudeste asiático).

Es necesario invertir esta tendencia. Europa (no sólo la monetaria de los Once, no sólo la comunitaria de los Quince, no sólo en la concepción militar de la OTAN) puede y debe desempeñar un papel político decisivo. Me pregunto si no debería organizarse una reflexión *sobre la identidad ecológica del socialismo europeo*.

No es con una planificación centralizada, de arriba abajo, que se logrará

orientar la economía del siglo XXI hacia la sostenibilidad, sino a través de un conjunto de acuerdos internacionales, de políticas gubernamentales sensibles, del uso eficiente de los recursos privados y de valerosas iniciativas de organizaciones de base y de gobiernos locales. Existe un nexo entre cuestión ambiental y cuestión democrática: una razón más por la que la izquierda debe actuar.

Es necesario que las comunidades de países pobres puedan constituir un patrimonio propio, promover la igualdad entre los sexos, la equidad y la cohesión social.

La insuficiencia (el 0,7% previsto genéricamente) y la disminución (el 0,27% efectivo, el nivel más bajo desde 1972) de los recursos financieros aportados por los países industrializados, el incremento de las superficies deforestadas y desertizadas, la disminución de la riqueza biológica del planeta, el nuevo y reciente aumento de las emisiones de anhídrido carbónico, la persistente pobreza... más que indicios, son pruebas de la insostenibilidad permanente de un desarrollo ya desigual. Los países más desarrollados deberían modificarlo radicalmente. Los países menos desarrollados deben encontrar otras vías (mejores desde una óptica ambiental), colaborando y cooperando, tanto multilateral como bilateralmente.

En 1992 ya no existía la Unión Soviética; en Río se celebró la primera Conferencia mundial (dos años de negociaciones, 183 estados participantes) después del fin de la guerra fría. Hoy día no hay menos guerras «calientes» y lamentablemente aún no se ha llegado a un verdadero acuerdo global

***El desarrollo
sostenible requiere
elaboración cultural
y voluntad política.***

(actos y hechos, no palabras) en torno al desarrollo efectivo y sostenible del planeta viviente.

Para vincular equidad intra e intergeneracional sirve la política y sirve la izquierda.

El desarrollo sostenible es un desarrollo económico y social minoritario en el mundo actual, fácil de comprender, pero difícil de realizar; requiere elaboración cultural, confrontación científica, innovación tecnológica y voluntad política en los países industrializados (muy condicionados por la rigidez y las certezas de un desarrollo parcialmente insostenible) y en los países en vías desarrollo (muy condicionados por la urgencia y la necesidad de algún desarrollo).

Entre el formalismo de los protocolos y convenios, siempre útiles, y la crudeza de las guerras por los recursos se encuentra la vía maestra de la *cooperación social ambiental*.

Afortunadamente, en estos cinco años ha disminuido el ritmo de los convenios internacionales sobre el medioambiente.

Hasta 1971 eran 58. Entre 1972 (con la novedad de la Conferencia y la creación del PNUMA) y 1992 llegaron a 171, una media anual de entre cinco y seis.

Ahora vamos por los 175, y tres de los cuatro nuevos (además del Acuerdo de Lusaka contra el comercio ilegal de flora y fauna silvestres) son quizá los más importantes para el futuro, íntimamente vinculados, con *implicaciones globales*, imposibles de aplicar sin una reconversión ecológica del modelo de desarrollo del Norte y de las razones de cambio del Sur: *bio-diversidad, cambios climáticos, desertización*.

En Río se firmaron los primeros dos y se inició la negociación para el tercero (concluida en 1994). Entraron en vigor noventa días después de la 50ª ratificación, en diciembre de 1993, marzo de 1994 y diciembre de 1996, respectivamente.

La existencia de un convenio no garantiza casi nada, es decir, no garantiza que las relaciones nacionales y los compromisos suscritos se respeten en la forma, en la letra y la sustancia; ni que se sancione a los infractores.

Sin embargo, los acuerdos internacionales provocan una dialéctica, imponen una base de concertación y verificación, y permiten pedir cuentas a gobiernos y gobernantes.

El *protocolo de Kioto* constituye un auténtico cambio. Aún existe una desproporción entre los riesgos ambientales y sanitarios, la alarma de los cien-

tíficos, el ritmo de crecimiento de la contaminación (y de los cambios climáticos) y la respuesta de los gobiernos. No obstante, se ha comenzado a responder y Kioto marca un cambio de vertiente: la sensibilidad ecológica es por fin premisa y condición de la transformación de los modelos de utilización de los recursos, de producción y consumo de las mercancías, de gestión de las infraestructuras al menos por parte de los 38 países ya desarrollados (de un modo ahora considerado insostenible). Subestimar los contenidos del Protocolo puede favorecer a aquellos (y en EE.UU. son muchos) que ni siquiera desean ratificarlo.

La media de reducción de las emisiones que debe alcanzarse entre 2008 y 2012 (*commitment period*) respecto a los niveles de 1990 es de cerca del 5,2%, con una amplia diferenciación entre los tres países que pueden aumentarlas (+10% Islandia, +8% Australia, +1% Noruega) y el de la Unión Europea, el -7% de EE.UU. o el -6% de Japón, Canadá, Hungría y Polonia; queda estabilizado el de Rusia, Ucrania y Nueva Zelanda. Ayer mismo, el Consejo de ministros de Medioambiente de la U.E. ha adoptado el *board sharing* comunitario (Alemania pasa de un compromiso de reducción del 25% a uno del 21%).

La media decidida en Kioto es bruta, sin el cálculo de las *absorciones (sinks)*, y en este punto parece que se ha evitado un «subterfugio», valorando únicamente las nuevas repoblaciones forestales y las reforestaciones.

El acuerdo contempla los 6 gases, y esto constituye otro paso adelante al calcular los fluorocarbonos desde 1995.

***La existencia
de un convenio
no garantiza
que se respete.***

Los procedimientos de posibles permisos de comercio (*emissions trading*) se definirán más adelante y abarcarán la mitad (cantidad máxima) de los compromisos de reducción.

La entrada en vigor está prevista después de 55 ratificaciones que se refieran al menos al 55% de las emisiones (¿dos años?); mientras que las sanciones, controles y garantías se establecerán en COP 4 (Buenos Aires, noviembre de 1998) y en la primera reunión posterior de las partes en el Protocolo (MOPI, 1999).

Sin el protocolo, en 2010 las emisiones habrían aumentando un 45% respecto a 1990, mientras que los científicos pedían la estabilización.

Con el protocolo, la reducción media del 5,2% acordada entre los 38 países del Anexo I del Convenio marco sobre el clima permitirá que las emisiones aumenten «sólo» un 29%.

Es decir, de aquí a 2010 es preciso:

a) *pasar de las palabras a los hechos*, es decir, traducir en medidas concretas los objetivos de reducción, lo antes y lo mejor posible;

b) *ir más lejos*: nuevos compromisos más estrictos para los países industrializados (con un papel impulsor para Europa, que debe reflejarse inmediatamente en la compleja gestión del Protocolo), en primer lugar mediante la recaudación tributaria;

c) *implicar a los otros (130) países en desarrollo* en el «autocontrol», mediante la transferencia de tecnologías avanzadas y compatibles, fondos adicionales (además de la reforma del Banco Mundial y el GEF), capacidad profesional;

d) *iniciar una «carrera» unilateral* (en Europa y en Italia) que considere la reducción no como una obligación, sino como un criterio para las inversiones, como una ocasión para el desarrollo, una condición para el comercio en su conjunto, para la cooperación internacional, para las operaciones económicas y financieras nacionales (en los últimos seis años, gobiernos e industrias han firmado más de 200 acuerdos voluntarios, en particular los Países Bajos, Alemania y Japón).

La propuesta del «comercio» internacional de cupos de emisión asignados a cada país debe discutirse desde muchas perspectivas (incluso científicas y culturales) y presenta algunos riesgos: sociales (se corre el riesgo de cooperar al no desarrollo), económicos (se corre el riesgo de «monetarizar» los recursos) y ambientales (se corre el riesgo de complicar la aplicación y el control).

Asimismo, las objeciones deben tener en cuenta que la Unión Europea ha elegido un mecanismo «interno» (la «burbuja») que ya diversifica el «mercado» de las emisiones.

Convendría introducir correctivos en los actos de «compraventa» de emisiones, para exigir que se garanticen compromisos sobre la deuda de los países en desarrollo, la transferencia de tecnología, la asistencia técnica, la salvaguar-

***Hay que transferir
a otros países
tecnologías compatibles
con el medioambiente.***

***Es necesario definir
un plan eficaz de
acción ambiental
en el Mediterráneo.***

dia de la biodiversidad (y de algunos ecosistemas vulnerables).

Además se debería introducir una «cláusula de Kioto» en todos los acuerdos entre empresas y entidades de los diversos países. Ya en los últimos dos años (hasta la primavera de 1998) se han celebrado cerca de 80 acuerdos de *joint implementation* (el último en abril entre Japón y Rusia, causó sensación); pero ya desde ahora todo acuerdo bilateral debería calcularse en términos de emisiones y nuestra Comisión debería proponer un observatorio adecuado al respecto.

El primer «protocolo» parcial sobre el clima debería convertirse de este modo en premisa para un *protocolo global* que enlace los tres convenios y sus correspondientes anexos (demasiado diferentes), interrelacionando la ya tradicional distinción entre los países en desarrollo y los países industrializados con la distribución de la amenaza de desertización, tutela prioritaria de la biodiversidad y otros indicadores ecológicos.

Para avanzar en esta dirección deseáramos llegar a definir *un plan de acción ambiental en el Mediterráneo* a partir del Anexo IV (U.E.) del Convenio sobre la desertización, el Mediterráneo, puente «de la unidad» entre Norte y Sur (como antes lo era el de Potsdam entre Este y Oeste).

De alguna manera, el efecto invernadero es sinónimo de efecto de desertización (por otra parte, el próximo año, Bonn acogerá las secretarías de ambos Convenios).

Precisamente debido a la complejidad y multiplicidad de los factores ambientales en juego, las cuestiones planteadas en Río en 1992 —los cambios climáticos, la conservación de la biodiversidad, la defensa de los bosques y la lucha contra la desertización— no pueden abordarse por separado.

La Agenda 21 dedica el capítulo 34 a la *transferencia de tecnologías compatibles con el ambiente* (EST). Los sucesivos documentos elaborados por las Naciones Unidas merecen algunas consideraciones:

- a) el éxito de la transferencia de tecnologías EST implica la transferencia de conocimientos y la asistencia para la utilización, gestión y aplicación de las tecnologías;
- b) sobre la base de la experiencia adquirida hasta ahora, el resultado se obtiene mediante la integración de alta tecnología procedente del exterior y de conocimientos locales de baja tecnología del país de utilización;
- c) la transferencia se refuerza cuando las Inversiones Extranjeras Directas superan significativamente la Ayuda Pública al Desarrollo;
- d) la transferencia requiere el apoyo financiero de los países donantes y de los organismos para el desarrollo, así como de las iniciativas e inversiones del sector privado;
- e) el modo más eficaz de estimular a las empresas privadas para que in-

viertan en la denominada «ecoficiencia» y en la producción limpia consiste en convencerlas de que las inversiones en este sector tendrán por efecto una mayor competitividad de mercado;

f) existe un potencial enorme de desarrollo en el campo de la difusión de la información sobre las EST y la existencia de una red de información y evaluación de las EST adquiere especial relieve en el ámbito de la Formación Profesional (*capacity building*) de los países receptores.

Es posible favorecer el saneamiento financiero y acompañarlo de políticas ambientales integradas como factor de calidad interna y de competencia externa de los sistemas nacionales en el contexto comunitario, con *un notable impacto sobre el empleo*.

Y deberíamos encontrar asimismo en los presupuestos de los Estados y de la U.E. un «mecanismo global» que, sin fondos adicionales, dirija y concentre los recursos en el desarrollo sostenible, cualificando también las contribuciones nacionales a los organismos monetarios y financieros supranacionales.

Como conclusión, vuelvo al tema de esta primera parte.

El cambio tecnológico y la innovación son indispensables, pero no se puede confiar ciegamente en su contribución decisiva por razones cualitativas (la disminución del contenido de energía y de materia del PIB es «parte» de una política energética e infraestructural globalmente sostenible), cuantitativas (la velocidad de la «desmaterialización» en el Norte es, con todo, inferior a la del crecimiento del Sur) y técnicas (límites termodinámicos).

Sobre la base de nuestros conocimientos, las futuras generaciones no podrán sorprenderse ante las crisis ecológicas; no obstante, podemos reducir el *suspense de la espera* de los riesgos y daños.

Con un poco de ironía, me remito a la entrevista que Truffaut hizo a Hitchcock, quien explicaba así el «suspense» (diferente de la «sorpresa»):

«Hay una bomba debajo de la mesa y el público lo sabe, probablemente porque ha visto al anarquista mientras la colocaba. El público sabe que la bomba explotará a la una y sabe que es la una menos cuarto —hay un reloj en la habitación—; la misma conversación insignificante se vuelve de pronto muy interesante porque el público participa en la escena. Desearía decirle a los personajes en la pantalla: “No deberíais hablar de cosas tan banales, hay una bomba debajo de la mesa que puede estallar de un momento a otro”. Hemos ofrecido al público quince minutos de suspense...»

Por una parte, cierto fundamentalismo ecológico tiende a gritarle a unos personajes en primer plano, sin preguntarse por qué no quieren o no pueden escuchar, y durante la película sus gritos molestan a muchos espectadores vecinos; por otra, los conocidos neoliberales tienden a discutir amablemente, a la hora del té o del

***La tecnología
es una palanca
para un cambio
de las conciencias.***

café, y se considera la eterna y única élite protagonista y piensa que la bomba puede y debe estallar sólo en otra parte...

Nosotros, la izquierda, tenemos otra tarea. No queremos «sorpresas» y no queremos «vivir» en el riesgo. Esperamos abrir un canal (como en *La rosa púrpura de El Cairo* de Allen) entre lo

virtual y lo real, dimensiones que se creen autosuficientes y se ignoran mutuamente. Los demás, inconscientes o impotentes, en todo caso son tendencialmente inertes. El cambio no es solamente tecnológico. Para nosotros, la tecnología es una palanca para un cambio de las conciencias y de las potencias democráticas.
